

Leonid
Andréiev



En la niebla y otros relatos

Traducción de Alejandro Ariel González



En estos textos cohabitan el caos, el pesimismo, la contradicción, la muerte, la soledad, el miedo, la obsesión sexual y la demencia, todo representado en paradojas psicológicas y planteamientos sobre el significado de la vida.

En la niebla

Aquel día, desde la misma mañana, flotaba en las calles una niebla extraña e inmóvil. Era ligera y transparente, no cubría los objetos, pero todo lo que se abría paso por ella se teñía de un inquietante matiz amarillo oscuro, y el fresco rubor de las mejillas femeninas y los vivos colores de sus atavíos se veían a través de ella como a través de un velo negro: oscuros y precisos. Hacia el sur, donde, tras un manto de nubarrones, se escondía el bajo sol de noviembre, el cielo estaba claro, más claro que la tierra; hacia el norte descendía como un amplio tapiz de regular oscurecer, y junto al mismo horizonte se ponía de un negro amarillento y opaco, como si fuera de noche. Sobre su pesado fondo, los oscuros edificios parecían de un gris claro, y las dos columnas blancas a la entrada de un jardín desolado por el otoño semejaban dos blandones amarillos a la cabecera de un difunto. Los canteros del jardín también estaban hundidos y hollados por rústicos pies, y sobre sus quebrados tallos morían silenciosas en la niebla unas flores tardías de morbosos brillo.

Y toda la gente que había en las calles llevaba prisa, y todos lucían sombríos y taciturnos. Lúgubre y terriblemente inquietante era aquel día espectral que jadeaba en la amarilla niebla.

El reloj del comedor ya había dado las doce; luego, brevemente, las doce y media, y el cuarto de Pável Ribakov estaba oscuro como en el crepúsculo, y todo estaba envuelto en un halo negruzco y amarillo. Por él amarilleaban, como

viejo marfil, los cuadernos y los papeles desperdigados sobre la mesa, y un problema de álgebra sin resolver, en uno de ellos, con sus claros números y enigmáticas letras, parecía tan viejo, tan abandonado e innecesario, como si muchos años de tedio hubieran pasado junto a él; por el halo amarilleaba también el rostro de Pável, acostado en la cama. Tenía los brazos, fuertes y jóvenes, detrás de la cabeza y desnudos casi hasta el codo; un libro abierto, con el lomo hacia arriba, yacía sobre su pecho; sus ojos oscuros miraban tenaces los modelados del techo. En sus abigarrados y sucios tonos había algo aburrido, fastidioso y chabacano que recordaba a las decenas de personas que habían vivido en ese departamento antes de los Ribakov, y habían dormido, hablado, pensado, hecho sus cosas y estampado en todo su ajeno sello. Y esas personas le recordaban a Pável cientos de otras, maestros y compañeros, calles ruidosas y populosas por las que caminaban mujeres, y algo muy penoso y terrible para él que quería olvidar y borrar de sus pensamientos.

—Qué aburrimiento... ¡Qué a-bu-rri-mien-to! —dijo Pável, recalcando las palabras. Cerró los ojos y se estiró de tal modo que las puntas de sus botas rozaron los barrotes de la cama. Los extremos de sus pobladas cejas se frunció y todo su rostro se crispó en una mueca de dolor y aversión que alteró y deformó extrañamente sus facciones. Cuando las arrugas se estiraron, pudo ver que su cara era joven y bella. Y, sobre todo, bellos eran los audaces contornos de sus gruesos labios, y el hecho de no llevar encima de ellos esos bigotitos característicos en los jóvenes los hacía más puros y bonitos, como los de una jovencita.

Pero estar echado con los ojos cerrados y ver en la oscuridad de los cerrados párpados todo aquello terrible que se quiere olvidar para siempre era aún más doloroso, y los ojos de Pável se abrieron con fuerza. Su desconcertado brillo confirió a su rostro algo inquieto y senil.

—¡Soy un pobre muchacho! ¡Soy un pobre muchacho! —se lamentó de sí mismo en voz alta, y volvió los ojos hacia la ventana, buscando con avidez la luz. Pero no la había, y el amarillo crepúsculo se deslizaba obstinado por las ventanas, se derramaba por el cuarto y era tan tangible que parecía que podía tocárselo con los dedos. Y otra vez, ante sus ojos, se desplegó en la altura el techo.

La cornisa del techo estaba moldeada y representaba una aldea rusa; en ángulo saliente había una *jata*^[1] de esas que nunca existen en la realidad; al lado, rígido, un campesino con la pierna levantada y un palo entre las manos que era más alto que él, mientras él; a su vez, era más alto que la *jata*. Más allá, ladeada, una iglesia de poca altura, y junto a ella una enorme carreta con un caballo tan pequeño que más que caballo parecía un galgo. Tenía el hocico puntiagudo como el de un perro. Después, otra vez en ese orden: la *jata*, el campesino grande, la iglesia y una enorme carreta, y así alrededor de la habitación. Y todo ello, sobre un fondo rosa y sucio, era amarillo, feo, aburrido, y recordaba no una aldea, sino la vida lúgubre y absurda de alguien. Odioso era el artesano que había tallado una aldea y no le había dado ningún árbol.

—¡Si al menos sirvieran pronto el desayuno! —susurró Pável, aunque no tenía el menor deseo de comer, y se volvió impaciente sobre un lado. Al moverse, el libro cayó al suelo y sus hojas se doblaron, pero Pável no tendió la mano para levantarlo. En el lomo, en dorado sobre negro, decía: «Buckle. *Historia de la civilización*», y eso evocaba algo viejo, la infinidad de personas que desde tiempos inmemoriales ha querido organizar su vida y no lo ha logrado, la vida en la que todo es incomprensible y ocurre con despiadada necesidad, y aquello lúgubre y agobiante como un crimen en lo que Pável no quería pensar. Y tanto anheló una luz amplia y clara que hasta comenzaron a dolerle los ojos. Se levantó de un salto, eludió el libro tirado en el suelo y em-

pezó a correr las cortinas de la ventana tratando de abrirlas lo más posible.

—¡Ah, demonios! —maldecía y apartaba la tela, pero ésta, pesada, caía torpemente en pliegues rectos e indiferentes. De pronto, cansado y sin energía, Pável la corrió con indolencia y se sentó en el frío alféizar.

La niebla flotaba, y el cielo, tras los grises tejados, era de un negro amarillento, y su sombra se cernía sobre las casas y la calzada. Una semana atrás había caído una primera nieve ligera, se había derretido, y desde entonces en la calzada había un barro viscoso y gris. Por momentos, los húmedos adoquines reflejaban el negro cielo y emitían un brillo oblicuo y oscuro, y sobre ellos, estremeciéndose y balanceándose, rodaban los coches. El estrépito no se oía arriba, se extinguía en la niebla, incapaz de elevarse sobre la tierra, y ese movimiento silencioso bajo un cielo negro, en medio de casas oscuras y húmedas, parecía vano y aburrido. Sin embargo, entre los peatones y viajeros había mujeres, y su presencia confería al cuadro un sentido arcano e inquietante. Iban a atender sus asuntos y parecían muy comunes e insignificantes, pero Pável veía su extraño y terrible aislamiento; eran ajenas a toda la restante muchedumbre y no se fundían con ella, sino que semejaban lucecitas en medio de la oscuridad. Y todo era para ellas: las calles, las casas y las personas, y todo tendía hacia ellas, las ansiaba... y no las comprendía. La palabra «mujer» se había grabado con letras de fuego en el cerebro de Pável; era la primera que veía en cada página abierta; la gente hablaba despacio, pero, cuando pronunciaba la palabra «mujer», parecía gritarla, y ésa era para Pável la más incomprensible, la más fantástica y terrible de las palabras. Con penetrante y recelosa mirada seguía a cada mujer, y la miraba como si ésta fuera a acercarse ya mismo a la casa para volarla con toda la gente dentro o hacer algo todavía más atroz. Pero, cuando casualmente clavaba la mirada en alguna bella carita de mujer, se erguía todo, ponía un rostro bello y atracti-

vo y le ordenaba con los ojos que se volviera y lo mirara. Pero ella no lo hacía, y otra vez sentía Pável el pecho vacío, oscuro y terrible, como una casa muerta por la que hubiera pasado la sombría peste, matando todo lo vivo y tapiando las ventanas.

—¡Qué a-bu-rr-i-mien-to! —dijo Pável recalcando las palabras, y dio la espalda a la calle.

En el comedor, al lado, ya hacía rato que iban y venían, conversaban y hacían ruido con la vajilla. Después todo se calmó y se oyó la imperiosa voz de Serguéi Andreich, el padre de Pável, una voz gutural e indulgente de bajo. Ante sus primeros sonos, rotundos y agradables, parecía oler a tabaco del bueno, a libros interesantes y a limpia ropa blanca. Pero ahora en ella había algo cascado y áspero, como si también en la garganta de Serguéi Andréich hubiera penetrado aquella niebla aburrida, de un amarillo sucio.

—¿Y nuestro muchacho aún se digna dormir?

Pável no oyó la respuesta de su madre.

—Y a la misa de la escuela, por supuesto, no se dignó asistir, ¿verdad?

Otra vez no se oyó la respuesta.

—Bueno, por supuesto —continuó el padre con tono burlón—, es una costumbre caduca y...

Pável no oyó el final de la frase, puesto que Serguéi Andréich se volvió; pero, por lo visto, dijo algo gracioso, y Lilia lanzó una sonora risotada. Cuando el padre de Pável tenía contra él algún secreto descontento, lo regañaba por levantarse tarde los días de fiesta y no asistir a misa, si bien él mismo era por completo indiferente a la religión y no había pisado una iglesia en los últimos veinte años, desde el día que se casó. Y desde el mismo verano, que habían pasado en la *dacha*, tenía algo contra Pável, y éste creía adivinar qué era. No obstante, ahora decidió, sombrío:

—¡Allá él!

Tomó de la mesa un cuaderno y simuló leer. Pero sus ojos, hostiles y avizores estaban dirigidos al comedor, como

los de un hombre acostumbrado a ocultarse y que a cada momento aguarda una acometida.

—¡Llamen a Pável! —dijo Serguéi Andréich.

—¡Pável! ¡Pavlusha! —llamó la madre.

Pável se levantó aprisa y, al parecer, se hizo un fuerte daño, pues se dobló en dos, el rostro se le desfiguró en una mueca de dolor y las manos se apretaron convulsivamente contra su vientre. Se enderezó despacio, apretó los dientes, de modo que las comisuras de sus labios se estiraron hacia el mentón, y con trémulas manos se arregló la chaqueta. Después su rostro palideció y perdió toda expresión, como la de un ciego, y salió al comedor con paso resuelto, pero conservando en el andar huellas del dolor que se había ocasionado.

—¿Qué hacías? —preguntó seco Serguéi Andréich; en su casa no solían saludarse por las mañanas.

—Estaba leyendo —respondió Pável con igual sequedad.

—¿Qué?

—A Buckle.

—Claro, claro, a Buckle —dijo Serguéi Andréich con tono amenazante, mirando a su hijo por encima de sus quedos.

—¿Qué tiene? —respondió resuelto y desafiante Pável, y miró al padre directo a los ojos.

Éste guardó silencio y, con aire significativo, soltó:

—Nada.

Ahí terció Líliechka, que sintió lástima por su hermano:

—Pavlia, ¿estarás en casa esta noche?

Pável callaba.

—Al que no responde cuando le preguntan se lo suele llamar ignorante. ¿Cuál es su opinión al respecto, Pável Serguéievich? —preguntó el padre.

—¡Vaya ganas que tienes, Serguéi Andréich! —terció la madre—. Come, que se enfrían las croquetas. ¡Qué tiempo horrible, está para prender velas! No sé cómo viajaré.

—Estaré... —respondió Pável a Líliechka.

Serguéi Andréich se acomodó los quevedos y dijo:

—No soporto ésa melancolía, ese pesar universal... Un chico como corresponde debe ser animoso y alegre.

—No se puede estar siempre alegre —respondió Líliechka, que siempre estaba alegre.

—No pido que la gente esté alegre a la fuerza. ¿Por qué no comes? ¡Te pregunto a ti, Pável!

—No quiero.

—¿Por qué no quieres?

—No tengo hambre.

—¿Dónde estuviste anoche? ¿Callejeando por ahí?

—Estuve en casa.

—¡Claro, claro, en casa!

—¿Y dónde más iba a estar? —preguntó atrevido Pável.

Serguéi Andréich respondió con ponzoñosa cortesía:

—¿Cómo podría yo conocer todos los lugares —subrayó la palabra «lugares»— que se digna visitar Pável Serguéievich? Pável Serguéievich es un adulto; a Pável Serguéievich pronto le crecerán bigotes; Pável Serguéievich a lo mejor bebe vodka. ¿Cómo podría yo saberlo?

El desayuno continuó en silencio, y todo aquello sobre lo que caía la luz proveniente de la ventana parecía amarillo y extrañamente lúgubre. Serguéi Andréich clavaba sus ojos, atentos y escudriñadores, en el rostro de Pável y pensaba: «Y tiene ojeras... ¿Será cierto que frecuenta mujeres un chiquillo como él?».

Esa pregunta extraña y penosa, que Serguéi Andréich no tenía suficientes fuerzas para meditar a fondo, había surgido hacía poco, aquel verano, y recordaba bien cómo había ocurrido y jamás lo olvidaría. Tras un pequeño cobertizo, en un sitio con espesa hierba y un blanco abedul que arrojaba una sombra fresca y azul, vio casualmente una hojita de papel rasgada y abollada. Había en aquella hojita algo singular e inquietante: así se rompen y abollan los papeles que suscitan odio e ira, y Serguéi Andréich la levantó, la

estiró y la miró. Era un dibujo. Primero no entendió, se sonrió y pensó: «¡Es un dibujo de Pável! ¡Qué bien dibuja!». Después puso el papel de costado y distinguió con claridad un dibujo indecentemente cínico y procaz.

—¡Qué porquería! —dijo enfadado, y arrojó el papelito.

Diez minutos más tarde regresó por él, lo llevó a su despacho y lo examinó largo rato, intentando resolver un enigma acre y penoso: ¿lo había dibujado Pável o algún otro? No podía concebir que esa cosa sucia y vulgar la hubiera dibujado Pável, y que, si así era, conociese todo lo depravado y abyecto que allí había. En la audacia de las líneas se veía una mano experimentada y depravada que, sin vacilar, encaraba el secreto más arcano, cuya sola evocación avergüenza a las personas no corrompidas; en el empeño con que el dibujo había sido corregido con una goma de borrar y coloreado con un lápiz rojo, se notaba la ingenuidad de una honda e inconsciente caída. Serguéi Andréich miraba y no creía que su Pável, su inteligente y despabilado niño, de quien conocía todos los pensamientos, hubiera podido dibujar con su mano, la mano atezada de un muchacho fuerte y puro, aquella porquería, y conocer y comprender todo lo que había dibujado. Y como era tan horrible pensar que lo había hecho Pável, decidió que era obra de algún otro; no obstante, el papelito lo guardó. Y cuando vio a Pável saltando de la bicicleta, alegre, animado, aún lleno de los puros aromas de los campos que acababa de atravesar, volvió a decidir que eso no lo había hecho Pável y se alegró.

Pero la alegría pronto desapareció, y apenas media hora más tarde Serguéi Andréich miraba a Pável y pensaba: «¿Quién es este muchacho ajeno y desconocido, extrañamente alto, extrañamente parecido a un hombre? Habla con voz ruda y varonil, come mucho y con avidez, se sirve vino en el vaso con aire sereno e independiente y bromea en tono protector con Lilia. Se hace llamar Pável, y su rostro es el de Pável, y su risa es la de Pável, y ahora que ha mor-

dido la punta del pan lo ha hecho como Pável, pero en él no reconozco a Pável».

—¿Cuántos años tienes, Pável? —preguntó Serguéi Andréich.

Pável rió.

—¡Ya soy viejo, papi! Pronto cumpla dieciocho.

—Bueno, aún falta para los dieciocho —enmendó la madre—. Recién el seis de diciembre cumplirás dieciocho.

—¡Y no tiene bigotes! —dijo Lilia.

Y todos se pusieron a bromear con que Pável no tenía bigotes, y él fingía llorar; después del almuerzo, se pegó algodón sobre los labios y dijo con voz senil:

—¿Dónde está mi viejita?

Y caminaba como achacoso. Y entonces Lilia añadió que Pável estaba singularmente alegre, tras lo cual Pável frunció el ceño, se quitó los bigotes y se marchó a su cuarto. Y desde entonces Serguéi Andréich buscaba a su querido y bien conocido niño, tropezaba con algo nuevo y misterioso y quedaba dolorosamente perplejo.

Y entonces descubrió algo nuevo en Pável: su hijo cambiaba a cada momento de estado de ánimo; un día andaba alegre y revoltoso, otras veces se enfurruñaba horas enteras, se volvía irritable y fastidioso, y, si bien se contenía, se veía que sufría por motivos desconocidos. Y era muy penoso y desagradable ver que un ser querido estaba afligido y no conocer el motivo, y que, por tal razón, ese ser querido se volvía distante y ajeno. Bastaba con ver cómo entraba Pável, cómo tomaba el té sin apetito, cómo desmenuzaba el pan con los dedos, con la vista perdida hacia un lado, hacia el bosque vecino, para que el padre sintiera su mal humor y se indignara. Y quería que Pável notara ello y comprendiera qué disgusto le daba al padre con su mal temple, pero Pável no lo notaba y, cuando terminaba el té, salía.

—¿Adónde vas? —preguntaba Serguéi Andréich.

—Al bosque.

—¡Otra vez al bosque! —señalaba enfadado el padre.

Pável se asombraba ligeramente:

—¿Qué tiene? Si todos los días voy al bosque.

El padre se volvía en silencio y Pável se iba, y por su espalda esbelta, de sereno garbo, se advertía que ni siquiera pensaba en el enfado del padre y se olvidaba por completo de su existencia.

Y ya hacía tiempo que Serguéi Andréich quería hablar definitiva y francamente con Pável, pero la conversación que tendrían sería demasiado penosa y la postergaba de un día para el otro. Tras regresar a la ciudad, Pável se volvió singularmente nervioso y sombrío, y Serguéi Andréich temía no saber hablarle con la calma y autoridad suficientes. Pero aquella vez, tras un extenso y aburrido desayuno, decidió que le hablaría ese mismo día. «A lo mejor está simplemente enamorado, como suelen enamorarse todos estos chiquillos y chiquillas —se tranquilizaba—. Si hasta Lilka está enamorada de un tal Avdéiev; ya no recuerdo ni quién es. Creo que un escolar».

—¡Lilia! ¿Avdéiev vendrá hoy? —preguntó Serguéi Andréich con redoblada y marcada indiferencia.

Lilia batió asustada sus largas pestañas, dejó caer una pera de sus manos y susurró:

—¡Ay!...

Después se metió bajo la mesa para recoger la pera, y, cuando regresó de allí, estaba toda encarnada, y hasta su voz parecía encarnada.

—Vendrá Tínov, vendrá Pospiélov... y también vendrá Avdéiev.

En la habitación de Pável había un poco más de luz, y la madera modelada del techo se destacaba con más relieve y miraba con obtusa e ingenua jactancia. Pável se volvió enfadado y tomó el libro, pero pronto lo apoyó en su pecho y se puso a pensar en lo que había dicho Líliechka: vendrían escolares. Eso significaba que vendría también Katia Reimer, la siempre seria, siempre pensativa, siempre sincera Katia Reimer. Ese pensamiento era como un fuego en el

que hubiera caído su corazón, y, lanzando un gemido, se dio vuelta rápido y hundió el rostro en la almohada. Después, retomando la posición anterior con igual rapidez, se quitó de los ojos dos cáusticas lagrimitas y clavó la vista en el techo, pero ya no veía ni al gran campesino con el gran palo ni la enorme carreta. Recordó la *dacha* y una oscura noche de julio.

Oscura era aquella noche, y las estrellas titilaban en el azul abismo del cielo, y desde abajo las apagaba, elevándose desde el horizonte, un negro nubarrón. Y en el bosque, donde yacía tras unos arbustos, estaba tan oscuro que no veía su propia mano, y por momentos le parecía que él mismo no existía, que no era sino tinieblas silenciosas y sordas. A lo lejos, el mundo se extendía en todas direcciones, y era infinito y oscuro, y con todo su solitario y afligido corazón sentía Pável su inconmensurable y ajena inmensidad. Yacía y aguardaba a que por el sendero pasara Katia Reimer con Líliechka y otras personas alegres y despreocupadas, ajenas a él, que vivían en aquel mundo ajeno a él. No iba con ellas porque amaba a Katia Reimer con un amor puro, bello y lúgubre, y ella ignoraba ese amor y nunca podría compartirlo. Y quería estar solo y cerca de Katia para sentir más profundamente su lejano encanto y toda la hondura de su propio pesar y soledad. Y yacía entre los arbustos, en la tierra, ajeno a todas las personas y extraño a la vida, que con toda su belleza, canciones y alegría pasaba de largo ante él, y pasaba de largo en aquella oscura noche de julio.

Hacía rato que yacía, y la oscuridad se volvía más densa y más negra, cuando a lo lejos, delante, se oyeron voces, risas, ramas que crujían bajo los pies, y fue claro que se acercaba un grupo grande de gente joven y alegre. Y todo aquello avanzaba como una masa de alegres sonidos, y ya estaba casi a su lado.

—¡Oh, padrecitos! —decía Katia Reimer con voz densa y sonora de contralto—. Aquí se va a romper una la cabeza.

¡Tínov, alumbre!

En las tinieblas sonó una voz fina, extraña y graciosa de polichinela:

—¡He perdido los fósforos, Katerina Eduárdovna!

En medio de las risas se oyó otra voz, una voz joven y contenida de bajo:

—¡Permítame, Katerina Eduárdovna, yo alumbraré!

Katia Reimer respondió, y su voz resonó seria y cambiada:

—¡Por favor, Nikolái Petróvich!

El fósforo fulguró y ardió un segundo con una luz clara y blanca, sacando de las tinieblas sólo la mano que lo sostenía, que parecía suspendida en el aire. Después la oscuridad fue mayor, y todos, entre risas y bromas, siguieron adelante.

—¡Deme su mano, Katerina Eduárdovna! —volvió a sonar aquella voz joven y contenida de bajo.

Un momento de silencio, mientras Katia Reimer daba su mano, y luego firmes pasos masculinos, y junto con ellos el modesto susurro de un vestido. Y la misma voz, queda y tierna, preguntó:

—¿Por qué está tan triste, Katerina Eduárdovna?

Pável no oyó la respuesta. Los caminantes quedaron de espaldas a él; las voces enseguida se apagaron; se inflamaron una vez más, como las agonizantes llamas de una hoguera, y se extinguieron. Y cuando parecía que ya no había sino sorda oscuridad y silencio, con inesperada sonoridad se alzó una risa femenina, tan clara, cándida y extrañamente astuta que daba la impresión de que no era una persona quien reía, sino un joven y oscuro abedul o alguien oculto entre sus ramas. Y fue como si un susurro cundiera por el bosque y todo callara expectante cuando una voz masculina, cual de oro, suave, brillante y sonora, entonó aguda y apasionada:

—*Me has dicho: ¡sí, te amo!...*

Tan deslumbrantemente clara, tan plena de expresiva fuerza era aquella voz, que el bosque pareció moverse, y algo centelleante, como luciérnagas en danza, fulguró ante los ojos de Pável. Y otra vez esas palabras, y vibraron juntas como un gemido, como un grito, como un profundo y redondo suspiro.

—*Me has dicho: ¡sí, te amo!...*

Y una y otra vez, con loca insistencia, repetía el cantor aquella breve y larga frase, como hincándola en la oscuridad. Parecía que no podía detenerse, y con cada repetición el ardiente llamado se volvía más intenso e incontenible; ya impiedad sonaba en él; un rostro palidecía y la dicha se asemejaba demasiado a una angustia mortal.

Un momento de negro silencio —una lejana risa femenina refulgió queda, misteriosa como un relámpago— y todo calló, y la pesada oscuridad pareció aplastar a los caminantes. Hubo un silencio y un vacío mortales, como en un desierto a mil kilómetros sobre la tierra. La vida había pasado de largo con todas sus canciones, amor y belleza, había pasado en aquella oscura noche de julio.

Pável se levantó entre los arbustos y susurró quedo:

—¿Por qué está tan triste, Katerina Eduárdovna? —y silenciosas lágrimas saltaron de sus ojos.

—¿Por qué está tan triste, Katerina Eduárdovna? —repetió, y echó a andar sin rumbo en la oscuridad de la arreciante noche. Una vez rozó muy de cerca un árbol y se detuvo perplejo. Después estrechó el áspero tronco con un brazo, apretó el rostro contra él, como si fuera un amigo, y quedó inmóvil en una muda desesperación desprovista de lágrimas y de gritos de furia. Después se apartó despacio del árbol que lo había cobijado y siguió adelante.

—¿Por qué está tan triste, Katerina Eduárdovna? —repetió, como canción lastimera, como queda oración de desesperación, y toda su alma se debatía y lloraba en aquellos sonidos. Una oscuridad temible la envolvía, y, embargada